

de soldados estacionados en ambas aceras quienes al pasar la procesión presentaban armas.

Al salir y entrar el Córpus era despedido y recibido por una salva de cañonazos y multitud de cohetes.

Las calles eran adornadas extraordinariamente, procurando los vecinos de la estación y la comisión organizadora, hacer lo posible por darle á la fiesta el mayor relee y lucimiento debido.

Los creyentes todavía esperamos que no pasará mucho tiempo sin que volvamos á disfrutar de aquella verdadera libertad en nuestro culto externo.

XI.

El Jardín Zenea.

Mas la discordia incendia con su tea,
De de el palacio hasta la humilde chosa;
Bárbara guerra todo lo destrosa,
Todo se abrasa y en conterno humea.
M. CARPIO.

LA juventud de hoy, esperanza de la sociedad del mañana, pasa sus mejores ratos de soláz en el paseo público que lleva el nombre que encabeza estas líneas, y acaso nadie se pregunta cual fué su ayer, tan opuesto en todo sentido á su hoy.

Al evocar estos recuerdos del pasado, cuánto se suspira por aquellos tiempos de ventura!

Por los años de 1847, época funesta para el país y de vergüenza para nuestros antiguos gobernantes por la invasión norte-americana, todavía exis-

tía un convento perteneciente á los Franciscanos, el cual fué hecho á expensas del insigne Bachiller D. Juan Caballero y Osio, sacerdote que pasmó con su largueza, poniéndolo bajo el amparo y protección de San Benito de Palermo.

Este convento estaba situado en el citado jardín (entónces cementerio de San Francisco) en el espacio que hoy queda entre la fuente principal y la del lado Sur.

Existía en dicho templo una imagen del Señor Crucificado, de la esclavitud, llamado generalmente Señor de San Benito, cuya escultura fué hecha por Fr. Sebastián Gallegos en 1630.

Los mártres santo salía una solemne procesión conduciendo esta imagen, la cual llegaba hasta la Cruz, acompañada de la comunidad de religiosos del convento de San Francisco.

Vinieron las leyes llamadas de reforma, y comenzó la demolición de éste y otros templos; siguióse á esto el memorable sitio de 67, y éste vino á sellar la obra comenzada.

Pasado el sitio, sólo veíase un espacioso solar cubierto de escombros y tierra suelta, á la cual se le daba el nombre de Plaza de San Francisco ó del Recreo.

Ha pasado tiempo, y todavía no he llegado á comprender porqué se le dió tal título.—Sería tal vez porque nuestros ilustrados (?) liberales fundaban su recreación en acabar con todo lo que oiese á religioso. (1)

(1) Sabemos que en tiempo de Santa Ana ya tenia tal título, aunque también se le daba el de "Plaza de abajo" para distinguirla de la plaza de armas, la que también se titulaba "Plaza de arriba."

Pero heme salido de mi asunto inconscientemente. Como llevo dicho, pasado el sitio era aquello un vasto espacio de desolación, triste y desaliñado.

En este lugar era donde se hacía el tiánguis los domingos, único rato que tenía de animación.

Este lugar fué teatro de un acontecimiento notable el 16 de Junio de 1867. Formado el ejército republicano, se trajo en triunfo al soldado potosino Damián Carmona, y en el templete formado al objeto, fué colocado y después de entusiastas ovaciones, fué premiado y coronado y ascendido á cabo.

Pronunció un discurso de circunstancias el hoy diputado Hilarión Frías y Soto.

El hecho fué que estando en las filas el citado soldado, cayóle una granada en el fusil haciéndoselo pedazos, y sin correr permaneció firme gritando al cabo cuarto, para que le repusiese su fusil. Esto fué en el sitio que acababa de sufrir esta ciudad.

Por este razgo de valor se le hizo esta ovación en medio de músicas y cornetas, á las tres de la tarde del citado día.

A las ocho de la noche estaba aquello desierto, sólo, lóbrego, reberverando con interválos allá sobre un montículo de escombros, una opaca flama que producía la linterna del único guarda que pernoctaba en aquellos lugares.

En contorno de este solar veíanse porción de tendejones de *tejumaníl* por los lados Norte y Poniente, los cuales explotaba el municipio.

Subió al poder el Coronel D. Benito S. Zenea, y se encontró con que el lugar más céntrico de la

FALSO; pg
amig. se
cito para
el dia 16, en
las invitacio-
nes impresas,
de hecho el
acontecimiento
tuvo lugar
hasta el 20,
según por me-
moriadamente
lo refiere la
Sombra de
Arteaga.

ciudad, rodeado de hermosas fincas y templos, estaba convertido en un sucio arrabal lleno de ruinas, que aún cuando gloriosas, afeaban demasiado aquel lugar.

En vista de esto, dispuso convertir aquel baldío sin objeto, en paseo público, lo que logró con ayuda del Ayuntamiento y los vecinos; pero no llegó á concluirlo; pues la muerte le sorprendió repentinamente la noche del 15 de Septiembre de 1874 cuando se preparaba para ir á celebrar al teatro Iturbide el Grito de Dolores. El regocijo se tornó en luto, y en vez de amanecer la población engalanada de vistosas colgaduras, y de oírse entusiastas dianas y repiques, aparecieron las calles con moños negros, el comercio cerrado, las campanas mudas, y el silencio era interrumpido á tiempos por el estallido del cañón que anunciaba tan funesto acontecimiento.

Después en la época de 75 y 76, siendo prefecto de la ciudad el acaudalado D. Trinidad Rivera, dió término á la obra emprendida por el malogrado gobernante, quedando coronada la obra por un hermoso zócalo de sillería que en su centro se colocó en tiempo del gobernador D. Antonio Gayón.

Poco después la casa Rubio regaló la fuente de fierro que vino á sustituir al citado zócalo, y la cual vino á darle mayor realce y hermosura; siendo ahora el paseo más elegante y concurrido que tiene la ciudad. (1)

(1) El Ayuntamiento de 1887 hizo el elegante Kiosco que actualmente hermosea este parque.

XII.

Calle de la Verónica.

Quando se acerca á ti la Virgen bella
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas,
Pero al mirarla, de dolor temblabas
Y al mirarte temblaba también ella.

M. CARPIO.

MUY niño era yo cuando pasaban las escenas que voy á describir, y de las que sólo han quedado recuerdos imperecederos para los corazones creyentes.

Las solemnes ceremonias de la Semana Mayor dieron por mucho tiempo lustre á esta histórica ciudad, pues éstas y otras muchas religiosas solemnidades le han dado en todo el país el renombre de católica por excelencia.

Todavía en nuestros días la prensa impía en su afán por vulnerar nuestras creencias, hace confesiones sublimes. Ejemplo de ello es un artículo publicado en EL SIGLO XIX el día 26 de Marzo del presente año referente á esta ciudad, el cual entre tantas confesiones de las que hace, tomamos la que más nos enaltece y corrobora nuestra leyenda.

Dice el citado periódico: "Querétaro es la única ciudad que permanece en sus añejas y rancias costumbres: es la única que ha escapado al progreso y civilización: en ella no han entrado todavía las reformas de la época," etc., etc.

Confesiones son éstas que nos llenan de satisfacción, y nos hacen levantar la frente orgullosos, porque hemos sabido conservar hasta estos tiem-

pos tan avanzados, el honroso nombre de católicos que nuestros antepasados nos legaron.

Pero veamos si efectivamente nos hemos hecho acreedores á la honrosa confesión del "SIGLO."

El Viernes Santo salía la procesión de tres caídas, cuya imagen de Jesús Nazareno hecha por Fr. Sebastián Gallegos, se venera en el templo de Santa Clara desde la secularización del convento de San Francisco en cuyo templo se veneraba.

A las diez de la mañana comenzaba á salir la procesión tomando por la calle del Hospital (hoy 5 de Mayo) y frente á la puerta de San Francisco, era el sermón de la primera caída.—Seguía por la calle del Biombo, y en la esquina del Portal Quemado en la Plaza de Armas, era el sermón del encuentro, saliendo la Santísima Virgen acompañada de San Juan y de las Santas Mujeres, del callejón de Guadalupe, bajando á la esquina en donde se encontraban con el Señor.

Seguía la procesión y al terminar la calle de la Verónica salía de la calle de Infantes esta Santa Mujer con el lienzo en las manos y acercándose al Señor, como para significar que limpiaba el rostro, se reunía trás el Señor con la Santísima Virgen y las demás Santas Mujeres.

De vuelta y al llegar á la esquina de la Congregación, era el sermón de la segunda caída y frente á Capuchinas la tercera.

Cuando estaban las monjas en su convento era la tercera caída dentro del templo de Santa Clara, para que la comunidad asistiera desde el coro bajo.

Más ó ménos á las dos de la tarde entraba la procesión, siguiendo luego el sermón y ceremonia

de la crucifixión, y á las seis de la tarde el descendimiento.

Todas estas ceremonias se hacían al natural y con multitud de gente vestida á la usanza de aquella época y representando aquellos personajes.

Es común sentir que del pasaje de esta ceremonia tomó su título dicha calle. (1)

El Sábado por la noche salía la elegante cuanto sería procesión de la Soledad, recorriendo la misma estación. En ella salía Nuestra Señora al pie de la Cruz acompañada de las santas mujeres.

Cada una de las iglesias de la ciudad debía prestar su contingente para esta procesión y al efecto, mandaba uno ó dos ángeles vestidos de negro con insignias de la pasión en las manos.

Por delante de la procesión iban los citados ángeles en sus respectivas andas á cierta distancia uno de otro y llegándose á contar hasta treinta. Seguía una larga hilera doble de señoras de lo más granado de la sociedad, que con gruesos cirios en la mano y luciendo sus elegantes trajes negros y mantos de seda ó gro acompañaban á la Santísima Virgen.

(1) Desde S. Francisco hasta la Cruz había de trecho en trecho humilladeros ó hermitas, en cada una de las cuales se veía un cuadro al óleo representando una estación del Via Crucis que acostumbraban rezar públicamente los religiosos franciscanos los Viernes de Cuaresma, comenzando en S. Francisco y concluyendo en la Cruz.

Ya muy entrado este siglo, aún permanecía la hermita que ocupaba el lugar que hoy ocupa la grande alcantarilla que está en el costado de Catedral

Poco antes de llegar á la antigua casa Rubio, estaba otra y en la calle de la Verónica estaba la que representaba este paso; quizá también por esto se le dió ese título á la citada calle.

Las imágenes de la Santísima Virgen y Santas Mujeres eran conducidas en hombros de las distinguidas damas, remudándose periódicamente.

A más de la iluminación pública, profusa y ordenadamente repartida, acompañaban la procesión dos largas hileras de faroles, más ó menos adornados.

Entrado que había la procesión, seguía el Pésame, el cual terminaba á las diez de la noche.

Con cuánta razón el Pbro. D. José M. Zelaá en su obra "Glorias de Querétaro" exclama henchido de religioso júbilo: „Ninguna ciudad de esta Nueva España iguala á esta en lo cristiano, piadoso y religioso“.

XIII.

Un Obispo protestante.

Los gorros, la mamadera,
Un Cristo entre los pañales,
Con las Biblias la niñera,
En consorcio muy iguales;
Andan con grande fatiga
Misionando (?) los Pastores,
Con sus pastoras al lado
Obedeciendo á Lutero,
Paseando sus pastorcitos
Y conquistando el dinero.
DOMINGO ARGUMOSA.

CORRIA el año de 1876 cuando por la centésima vez habíanse instalado los protestantes en esta ciudad y sin resultado alguno como siempre.

El pueblo, que en materia de creencias es muy digno, no consiente se atravesase en su paso otra

religión fuera de la en que se le destetó, como suele decirse; de aquí su odio habitual á todas ecta.

En más de una vez vinieron los reverendos á hacer sus conquistas, y mal de su grado á la primera vez que se daban á conocer en público, eran repudiados por el pueblo á pedradas, causándoles bastantes males, teniendo que irse saliendo descolados, como vulgarmente se dice, y pluguiese á Dios que no saliesen con un miembro menos.

Erase un día domingo, día en que como es sabido todo el vecindario anda fuera de su casa; unos en busca de Misa, otros que vuelven de ella, otros que van ó vienen del "tianguis".

Sentado lo anterior, no es extraño que en este día hayan estado las calles bastante concurridas, y aún más, si nos fijamos en que son las diez de la mañana, tal vez la hora más concurrida.

En la calle del Chirimoyo habían puesto sus reales los nuevos catequistas, y allí era donde, según los Reverendos, debía abrirse el templo al culto público; pero no contaban con la huésped.

El pueblo andaba acechando y buscando la oportunidad, como otras veces, para echárseles encima.

Como no salían absolutamente para nada, de aquí que rarísimas personas conocían al llamado obispo; pero un cochero de la casa del Dr. Siurob, vecino de los protestantes, se había puesto en espía, y á buenas horas sale el Reverendo prelado á la calle, tal vez á distraerse de sus grandes trabajos (?) episcopales, y fiado en que no lo conocía el vulgo; pero al dar vuelta para el callejón de Azpeitia,

el citado cochero dió la voz de alarma, y todo el mundo se echó encima del Reverendo, cerrándole á pedradas la retaguardia para que no retrocediese.

En medio de una lluvia de piedras salió á la plazuela del Carmen, en donde lo recibieron los placeros á *quiotazos, tunazos, ollazos* y cuanto á su alcance estaba.

Las *menuderas*, no teniendo más, le aventaron al pasar, con cucharas que sacaban de las cazuelas de menudo y con cabezas de *chito* en barbacoa.

Ya se deja entender que estas acciones eran acompañadas de interjecciones *sceces* y gritos, que no se entendía aquello.

Andaba el pobre Reverendo como rata atarantada sin poder tomar rumbo determinado, porque le salía la muchedumbre al encuentro con garrotes, cuchillos y piedras.

Ya no traía sombrero: la levita hecha girones: destilaban sangre sus descalabraduras, y más de tres veces llegaron á tirarle, pero se levantaba, azorado, á seguir su carrera indeterminada.

Estoy cierto que si alguno ha traído arma de fuego, allí lo deja.

Así como se persigue un perro rabioso y cuantos le encuentran quieren ser los primeros en matarle, de la misma manera pasaba con mi pobre Reverendo; más, Dios le inspiró tomar rumbo al templo del Carmen el cual estaba lleno de gente por estar en misa. Allí fué Troya.—Los de dentro al oír el clamoreo de afuera, trataron de salir todos á la vez poseídos de espanto, y los de fuera siguiendo al Obispo querían entrar llenos de indig-

nación, siempre con objeto de saciar su venganza, asesinándole.

La muchedumbre desenfrenada quería á toda costa sacarlo de allí para hacerlo cuartos, pero el Prior del convento, Fr. José de la Soledad, en unión de D. Manuel Franco, vecino del barrio y el cual gozaba de simpatía entre el populacho, tomaron á su cargo al Reverendo, salvándolo así de una muerte segura y convenciendo á la muchedumbre, el Padre con su palabra y D. Manuel Franco con su personal y presencia de ánimo.

De esta manera hubo de calmarse la agitación en los primeros momentos, mientras ocurrió la policía.

El Reverendo ofreció á fé de caballero, que al siguiente día tomaría las de Villadiego, cuya promesa transmitió el Sr. Franco al populacho ofreciéndose él como su fiador.

Sólo así logró apaciguarse el tumulto, pues á la policía no le hicieron caso.

Después que ya calmó todo, el Sr. Franco solo, lo ha llevado á su casa, no sin haberle prodigado, en obsequio á la caridad, finas atenciones en su casa, que estaba frente al convento.

De esta manera terminó el trágico suceso del Reverendo, para escarmiento de los demás pastores y pastoras. (?)

Al pobre cochero, que fué quien dió la voz de alarma, lo tuvieron seis meses en la cárcel.

Al Reverendo con sus Diáconos y diaconisas, no le volvió á salir el Sol en esta ciudad.

Al Sr. Franco, cuenta la crónica, que en México y en el Centro de Propaganda (Catedral de la ra-

ma mexicana, templo de San Francisco) (1) le fueron recompensados sus servicios con munificencia. Si esto no fué cierto, merecen los Reverendos la maldición de la sociedad por mal agradecidos.

Ya veremos más adelante cómo volvieron á salir de aquí, en ocasiones posteriores.

XIV.

La Carambada.

Y contestan repetidos
Por la llanura desierta,
Desde la rústica puerta
De los perros los ladridos.

V. RIVAPALACIO Y J. DE D. PEZA.

¿QUIEN no há oído mentar alguna vez á la Carambada?

¿Quién no conoce sus proezas en el camino del crimen?

Más si alguno de mis benévolos lectores desea conocer á la protagonista de mi relato, présteme su atención y retrocedámos á mitad del presente siglo.

Estamos en el apogeo de las revoluciones por las que el país sufrió tanto, debido á la indisciplina de los mil partidos que se devoran y á la desmoralización de los pueblos sin gobierno.

(1) Muchos años estuvo este templo en poder de los protestantes; pero en 1897 volvió á abrirse al culto católico, adquiriendo, renovado y dedicado al Sagrado Corazón de Jesús por los PP. Jesuitas.